

LONDRES, 28 de Febrero de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Tu relación del recibimiento que se te hizo en Berlín me ha procurado mucho gusto, pero lo que más me ha regocijado es el testi-

Muchos profesan la doctrina de que la ignorancia de las masas es benéfica; pero ¿benéfica á quién? Á los que fundando sus comodidades en la opresión y embrutecimiento de la generalidad, acopian para sí solos el prestigio que siempre procura el saber.

La historia presenta muchos ejemplos de la sorda y á veces declarada persecución que han sufrido varias ciencias por parte de los gobiernos absolutos. Que haya habido un Luis XIV, un Francisco I y otros soberanos que las hayan protegido, no prueba que los demás príncipes puedan tener iguales inspiraciones; al contrario, la gloriosa distinción con que los primeros son citados, arguye que su número ha sido corto. Oigamos lo que el *astrónomo* Galileo escribió á uno de sus amigos, dándole razón de lo que le pasó por haber descubierto que la tierra giraba alrededor del sol.

« Llegué á Roma, dice, y fui puesto en poder así como recomendado » á la clemencia de la inquisición y del soberano pontífice Urbano VIII » que, aunque no sabía yo rimar el epigrama ni el soneto amoroso, me » tenía alguna estimación. Se me confinó en el delicioso palacio de la » Trinidad del Monte, morada del embajador de Toscana, y el día » siguiente recibí la visita del padre Lancio, comisario del Santo Oficio, » que me llevó en su carroza, y me hizo en el camino mil preguntas, » manifestándome su gran deseo de que reparase el escándalo que había » yo dado á toda la Italia, por haber sostenido que la tierra se movía. » Todas las razones matemáticas que pude oponerle no le sacaron más » que este texto de la Escritura : *terra autem in æternum stabit, quia » terra in æternum stat.* Conversando así llegamos al palacio del Santo » Oficio..... El jueves siguiente comparecí ante la congregación y » comencé á exponer mis pruebas, pero desgraciadamente no pudieron » entenderme por más esfuerzos que para ello hice. Todos mis razona- » mientos fueron interrumpidos con ímpetus de celo, no se me habló » más que del escándalo que había yo dado, y se me opuso siempre el » pasaje de la Escritura, sobre el milagro de Josué, como la pieza victo- » riosa de mi proceso. Esto me hizo recordar otro lugar en que el len- » guaje de los libros santos es evidentemente conforme á las ideas » populares, puesto que se dice que *los cielos son sólidos como un espejo de » bronce.* Creí que un ejemplo como éste era muy á propósito para » probar que las palabras de Jonatás podían interpretarse así, y la con- » secuencia me parecía justa; pero no se me hizo caso, y la única » contestación que obtuve, se redujo á alzamiento de hombros. »

Después se forzó á Galileo á pronunciar una abjuración que le fué dictada en estos términos : « Yo Galileo, de setenta años de edad, consti-

monio de M. Harte, porque me asegura que no sólo te comportaste cerca de aquellas testas coronadas con todo el respeto y toda la modestia que corresponde, sino que al mismo tiempo te mostraste

» tuido prisionero y arrodillado delante de Vuestras Eminencias, frente » á los santos evangelios que toco con mis propias manos..... abjuro, » maldigo y detesto el error y herejía del movimiento de la tierra, etc. » Al levantarse después de esta humillante ceremonia, Galileo no pudo contenerse y se le salieron estas palabras : *e pur, si muove!*

El epitafio de Galileo está concebido en estos verídicos términos :

*Celui dont ce tombeau renferme la poussière
Pensa périr pour trop savoir :
Dans un monde à courte visière
Il est dangereux de trop voir.*

La mujer de Galileo, luego que éste hubo muerto, se creyó obligada á hacer una especie de nueva abjuración, entregando á su confesor los escritos de su marido para que los echase al fuego.

No es maravilla, decían los escritores franceses, que la Inglaterra produzca tan grandes genios, porque toda la nación puede pensar como le parezca. Esta queja no parece carecia de la justicia que le niega el autor. Que la libertad de pensar, hablar y escribir de los ingleses fué la verdadera causa de unos adelantamientos que comenzaron á ser comunes á sus vecinos luego que éstos lograron ponerse bajo el mismo nivel, lo demostraba el ilustre Feijoo cuando decía : « El genio inglés, más intrépido y resuelto que el de otras naciones, contribuye mucho al crédito y esplendor de sus ingenios. Es cierto que de dos ingenios iguales, pero uno tímido, y otro animoso, resplandecerá más el segundo, no sólo en la conversación, en que la audacia es la mayor ventaja de todas para el lucimiento, sino aun en los escritos; en los cuales el tímido, aunque en muchos asuntos sea capaz de levantarse sobre el modo común de pensar ó discurrir de los demás hombres, *varios riesgos* que medita en fiar á la pluma ideas particulares, se la hacen contener dentro de unos límites tan angostos, que tal vez el que pudiera aspirar á la gloria de autor original, por sus miedos, queda metido entre la innumerable turba de los vulgares escritores; al contrario, el animoso que no recela dar las velas al viento, aunque prevea los peligros del golfo, logra, dando á luz los pensamientos que le sugiere su genio elevado, ser conocido y estimado de los hombres de inteligencia por lo que es. Así se puede decir que en las empresas, como en las militares, el valor concurre con el entendimiento á hacer los héroes, ó por lo menos á que sean conocidos por tales los que realmente lo son, etc. »

Voltaire después de haber hecho á sus compatriotas una pintura sublime de los talentos que había encontrado en Inglaterra agrega : *Cette supériorité de raison est l'ouvrage de la liberté; ils poursuivent la vérité partout où elle les conduit, sans être effrayés des résultats; et comme ils ne redoutent point le pouvoir, ils donnent l'essor aux plus secrets mouvements de la pensée. Toutes les fois que la philosophie prendra racine dans*

tan desembarazado como si te hubieses hallado en conversación con tus iguales. Este respeto fácil y natural, anuncia los talentos de un hombre completo y no puede venir más que de la superio-

une nation libre et grave, elle y fleurira inévitablement ; la liberté donne le courage de tenter des entreprises littéraires ; la gravité suppose la constance pour les exécuter.

El siguiente rasgo histórico, que tomamos de los *Anales Universales*, presenta un contraste muy elocuente de los efectos de la escritura en un país libre, con los de la represión del pensamiento en otro despótico. Lord Molesworth, que había sido ministro de Inglaterra en la corte de Copenhague, dió á luz una obra titulada : *Account of Denmark*, en la que hablaba del gobierno arbitrario de aquel reino con la franqueza que da el aire de libertad que un inglés respira. El rey de Dinamarca se mostró ofendido de algunas reflexiones del autor, y ordenó á su ministro en Londres que presentara una queja al rey de Inglaterra Guillermo III. « ¿ Qué queréis que yo haga? dijo Guillermo. — Señor, respondió el » ministro dinamarqués, si vos os quejaseis á mi soberano de semejante » ofensa, os enviaría la cabeza del autor. — Eso es lo que yo no quiero » ni puedo hacer, replicó el rey, pero si lo deseáis, el autor insertará en » la segunda edición de su obra lo que acabáis de decirme. »

En el año de 1737 se representaban en Inglaterra piezas de teatro llenas de criterio y de amarga sátira contra el ministerio de M. Walpole, que al fin presentó en la cámara de los comunes un proyecto de ley para reprimir los abusos del teatro y de la imprenta. El escritor de estas cartas, miembro entonces del parlamento, combatió la medida con razones que parecerian indicar que comprendia perfectamente las trabas que pone al genio el poder ilimitado. Tenemos en la historia de Inglaterra, escrita por Smollet, un trozo del discurso que pronunció el autor en esta ocasión. « Nuestro teatro, dijo, debe ciertamente ser » tenido á la raya de la moderación; mas las leyes vigentes son eficaces » para este intento. Existen antecedentes, no faltan ejemplos de per- » sonas castigadas por cosas menos criminales que las piezas de teatro » que se han representado últimamente... una ley nueva es por lo » mismo inútil, y en el caso presente no puede ser inútil sin ser peli- » grosa. Cada restricción innecesaria es un grillo en los pies, una espina » en las manos de la libertad. Uno de los mayores bienes que gozamos, » uno de los mayores bienes que un pueblo puede gozar, es la libertad. » Pero todos los bienes de esta vida tienen su mezcla de mal : la licencia » es la mezcla de la libertad; es un error, una escreeencia : es una » pajilla en el ojo del cuerpo político que nunca puede tocarse sino con » suave, con trémula mano, por temor de hacer daño al ojo en que » suele caer. Si la licencia llegare á apoderarse del teatro, si apareciere » alguna comedia contra algún empleado particular del rey, abiertos » están los tribunales y hay leyes suficientes para castigar al ofensor. » Si los poetas y cómicos merecen ser reprimidos, dejemos que lo sean » del mismo modo que los demás súbditos; si ofenden, dejémoslos ser » juzgados como debe serlo todo inglés : por Dios y su país : *no los suje-*

ridad del buen sentido ó del prolongado uso del mundo ; y como en tu caso no puede ser lo último, es para mí un indicio muy grato de lo primero.

Después de haberte ejercitado, y por decirlo así limado, durante unos cuantos meses en tres cortes de las más principales de Europa, Berlin, Dresde y Viena, espero que llegarás á Turín pasablemente liso y dispuesto á recibir el último barniz. Allí es donde debes adquirir lo mejor, porque no sé yo que haya otra corte que forme hombres más agradables y urbanos. Ten ahora presente que la cortesía, el porte decente y el primor en todos tus modales, aun en el vestido hasta cierto punto, han llegado á ser objetos serios y dignos de una parte de tu atención.

El día, si se distribuye bien, es suficiente para todo. La mitad del tiempo dedicado á los estudios y á los ejercicios, dará la última mano á tu espíritu y á tu cuerpo ; y el resto, pasado en la buena compañía, formará tus maneras y completará tu carácter. ¿ Qué cosa no daría yo por saber que por la mañana lees juiciosamente á Demóstenes y que lo entiendes mejor que nadie ; al mediodía que te conduces en la corte mejor que ningún otro ; y en la prima noche que sobresales en las tertulias por tu agradable conversación ! Puedes reunir todo esto si quieres, porque los medios y las ocasiones no te faltan. Empléalas pues, por amor de Dios, mientras puedes y haz esfuerzos para llegar á ser aquel hombre prendado que apetezco ver en tí. Todo depende de estos dos años que son los decisivos.

Te envío incluso una carta de recomendación para M. Capello de Venecia, á quien la presentarás á tu llegada allí, con cumplidos de mi parte para él y para su mujer. Aquí conociste á ambas personas, y estoy seguro de que M. Capello te manifestará la mayor cortesía y se prestará á serte útil, tanto en Venecia como en Roma á donde debe ir de embajador. En todos los lugares por donde transitaras, haz cuanto esté de tu parte por visitar á los ministros venecianos quienes se hallan siempre mejor informados de los negocios de las cortes en que residen, porque la cuenta estricta y regular que tienen que dar á su propio gobierno les hace ser muy diligentes é inquisitivos.

» temos á la arbitraria voluntad y capricho de un solo hombre. El poder » colocado en manos de un solo individuo para juzgar y terminar sin límites, freno ni apelación, es una especie de poder desconocido á nuestras leyes » é incompatible con nuestra constitución, etc. »

Tr.

Permanecerás en Venecia todo el tiempo del carnaval; pues aunque deseo con ansia tu llegada á Turín, quiero sin embargo, que veas cuanto hay que ver en una ciudad tan particular como Venecia, sobre todo en el carnaval. Tendrás también especial cuidado de asistir á todas las asambleas del gobierno cuya vista sea permitida á los extranjeros, como el senado etc.; y te informarás de la peculiar é intrincada forma de aquella república. Hay también de aquella ciudad restos muy apreciables de pintura y escultura de los mejores maestros que merecen tu atención.

Te enviaré á Viena algunas otras cartas para Venecia, ó bien las encaminaré á tu banquero en esta última ciudad á casa del cual puedes acudir por ellas. Tendré cuidado de recomendarte de lugar en lugar á fin de que no los recorras como lo hace la mayor parte de tus compatriotas, sin disfrutar de la ventaja de ver y conocer lo que merece más atención, quiero decir, los hombres y las maneras.

Dios te bendiga y permita que correspondas á mis deseos; diré ahora á mis esperanzas!

MI QUERIDO HIJO.

Encamino la presente á tu banquero en Venecia, como lugar más seguro para que la recibas, aunque supongo que te esperará allí algún tiempo. Como tus estaciones intermedias de los demás puntos deben ser cortas y como el correo que parte aquí en estos meses de vientos del Este es muy incierto, no dirigiré más cartas á Viena, en donde espero que tú y M. Harte habrán recibido las dos que les escribí. Supongo también, para tranquilizarme, que los correos de ese lado del mar sufren igualmente retardos, porque no he recibido más que una carta tuya y otra de M. Harte durante todo el tiempo de tu permanencia en Berlín, de donde me prometía informes muy particulares.

Me persuado que sabrás emplear útilmente el tiempo que pasares en Venecia, viendo cuanto fuere de interés en esta ciudad extraordinaria, y conversando con gentes que puedan informarte, no de los totilimundis de la temporada, sino de la forma del gobierno; para cuyo efecto te envío las adjuntas cartas de recomendación de Sir Jacobo Gray residente del rey en Venecia, pero que se halla actual-

mente en Inglaterra. Estas cartas unidas á la mía para M. Capello, te procurarán entrada en las mejores sociedades de aquella ciudad.

Pero el punto importante, el lugar que más me interesa es Turín, porque me propongo que permanezcas allí un tiempo considerable, para que continúes tus estudios, aprendas tus ejercicios y formes tus maneras. Confieso que tengo alguna inquietud sobre las consecuencias de tu mansión en aquella ciudad, que deben ser, ó muy buenas ó muy malas. Para ti será una escena enteramente nueva. En todos los lugares en que hasta hoy te has hallado, has conversado principalmente con personas más instruidas ó más discretas que tú, y te has visto lejos de los malos consejos y de los malos ejemplos; pero es probable que en la academia de Turín encuentres con ambas cosas, considerando la variedad de jóvenes de casi tu misma edad, entre los que es de temer que haya algunos disipados y perezosos, y otros viciosos y abandonados. Creeré, mientras no apareciere lo contrario, que tienes bastante sagacidad para distinguir los buenos caracteres de entre los malos, y bastante juicio y virtud para evitar los últimos y ligarte con los primeros; sin embargo, para mayor seguridad y sólo para tu bien, debo hacerte saber que he enviado á M. Harte órdenes terminantes para que te conduzca á cierto lugar que le señalo, en el momento mismo que descubra en ti el más ligero síntoma de bebida, juego, pereza ó desobediencia á sus órdenes; de manera que infórmeme ó no M. Harte de los particulares, juzgaré en general de tu conducta por la morada que hicieres en Turín. Si es corta ya sabré por qué, y te prometo que muy pronto sentirás que he sido informado; pero si M. Harte te deja continuar allí todo el tiempo que creo necesario, quedaré convencido de que empleas el tiempo convenientemente, que es lo único que te pido. Un año más de aplicación, á ejemplo de la que has observado recientemente con M. Harte, bastará para que te perfecciones. Durante este tiempo terminarás tus estudios clásicos, aprenderás todos tus ejercicios y te formarás de tal manera en aquella corte, que podrás presentarte ventajosamente en cualquiera otra. Esto es lo que me prometo de ti, si te conduces y aplicas como lo has hecho en Lipsia; pero si das oídos á los malos consejos, ó llegan á seducirte los malos ejemplos, eres perdido sin remedio. Yo considero este año como decisivo; empléalo bien y te verás lleno de prendas que te ganarán para siempre mi más tierno cariño; pero si el contagio del vicio ó de la pereza se apodera de ti, tu carácter, tu reputación, tu for-

tuna, mis esperanzas, y por consecuencia mi favor, todo será arruinado y perdido para siempre. Cuanto más grande fuere el amor que te profeso actualmente por la buena opinión que tengo de ti, mayor será mi enojo si das motivo de que aquélla cambie. Hasta ahora has tenido todas las pruebas posibles de mi afecto porque las has merecido, pero cuando cesares de merecerlas, puedes esperar todos los efectos de mi resentimiento. Para que no te quede la más mínima duda sobre este punto importante, te manifestaré de antemano y con franqueza, la regla que me servirá para juzgar de tu conducta; esta regla no será otra que los informes de M. Harte, que estoy seguro no se engañará, y aun diré más, que es imposible que se engañe respecto de ti : no puede tener más mira que tu bien, y debes confesar que se halla en estado de poder juzgar á su edad mejor que tú. Mientras él estuviere satisfecho yo también lo estaré; pero si alguna vez se mostrare descontento, cuenta con que mi enojo será aún mayor, y decidiré que eres culpable sin hacer caso alguno de cuanto podrías alegar en tu defensa.

Paso ahora á decirte lo que espero y requiero de ti cuando estuvieres en Turín : primero, que continúes ocupándote todas las mañanas de tus estudios clásicos y cualquiera otros, en compañía de M. Harte, durante el tiempo y de la manera que él juzgare conveniente : segundo, que aprendas sin interrupción tus ejercicios de equitación, baile y esgrima : tercero, que adquieras con perfección el idioma italiano : finalmente, que pases la prima noche en las mejores compañías. Requiero también una estricta conformidad con las horas y reglas de la academia. Con sólo que quieras terminar este año en Turín de la manera que te señalo, no tendré nada más que pedirte, te concederé cuanto quisieres y serás dueño absoluto de tu voluntad, porque entonces creeré que te has logrado; renunciaré toda autoridad sobre ti, y la amistad será el único lazo que nos una. Te pido que peses detenidamente todo esto en tu consideración, y que pienses si la aplicación que requiero de ti por sólo un año será ampliamente recompensada con todas las ventajas que sacarás, y la entera libertad que disfrutarás pasado aquel tiempo. Estoy seguro de que tu buen sentido no te hará vacilar un solo momento en la elección. Dios te bendiga.

LONDRES, 12 de Abril de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Recibí por el último correo una carta de M. Harte escrita en Praga el 1º. del corriente. Te encargo le des mil gracias en mi nombre asegurándole que cuanto ha hecho y se propone hacer en tu camino á Turín, merece mi aprobación. ¿Quién habría jamás creído que eras tan antiguo en el mundo para haber conocido intimamente á los héroes de la guerra de treinta años; y que en la actualidad andas solicitando en Bohemia á sus bisnietos con el mismo afecto con que se me ha dicho te informas de los Wallensteins, los Kinskis etc? Como no puedo atribuir esto á tu edad, me veo obligado á hacerlo al consumado conocimiento que has adquirido de la historia, naciendo de aquí que mires cada país como si fuese el tuyo propio, y cada siglo como la edad en que iebes (a). Fuera de broma : se me ha dicho que posees la historia á fondo; celébrolo mucho porque es un conocimiento muy útil.

Los condes Perrón y Láscaris llegaron aquí; el primero me entregó una carta de Sir Ch. Williams y el segundo me expresó tus deseos. Ambos sujetos son muy amables y están dotados de conocimientos y de bellos modales, cosas que rara vez marchan unidas, aunque siempre deberían darse la mano. Los examiné tocante á ti, particularmente al conde Láscaris, y los informes de ambos te son favorables, sobre todo por el lado del saber. Fácilmente concibo la prontitud de comprensión que te atribuyen; pero lo que agregan de tu atención me ha sido más grato, porque era lo que menos esperaba. Continúa aumentando y mejorando tus conocimientos; creo que para ello no forzarás tu voluntad, porque estás ya muy adelantado para detenerte, y estoy seguro de que si M. Harte te permitiese ahora la ociosidad, tú la desecharías. Habiendo entrado en el gran mundo, no olvides que hay otro artículo que debe ir de consuno y no separarse nunca del saber; me refiero á las maneras, á la urbanidad y á las gracias, cosas en que Sir Ch. Williams, aunque muy tu amigo, confiesa que no te hallas muy aventajado. Debes despojarte ente-

(a) C'est par l'étude que nous sommes
Contemporains de tous les hommes,
Et citoyens de tous les lieux. (D.) Tr.

ramente de las maneras de Lipsia, y convertirte bajo este respecto en hombre nuevo. No manifiestes en la mesa ninguna ansia por los manjares como en una comida habitual de Alemania; no vuelques torpemente los vasos, platos, salseras etc., ni acostumbres chanzas pesadas; al contrario, trata de adquirir, en vez de estas faltas, un porte gracioso y unos modales corteses é insinuantes. No me cansaré de repetirte *las gracias, las gracias*.

Deseo que tan pronto como llegares á Turín, te apliques con la mayor diligencia al idioma italiano, para que lo sepas bastante bien antes de dejar aquel lugar, y te halles en estado de hablarlo regularmente á tu llegada á Roma, en donde lo hablarás con toda perfección por la diaria necesidad que tendrás de ejercitarlo. Te encargo también no sólo que no olvides lo que ya sabes del alemán, sino que trates de adelantar hablándolo constantemente con tu criado Sajón, y conversando lo más que puedas con los varios alemanes que encontrarás en tus viajes. Tienes sin duda presente que no debes escribirme de Turín sino en alemán, con el carácter de letra que le es propio.

Te envío adjunta una carta de recomendación para M. Smith, cónsul del rey en Venecia, que no dudo se hallará dispuesto á serte más útil que ninguna otra persona. No dejes de cumplimentar á M. Capello y su mujer, quienes te servirán mucho en Roma. Á Dios, tuyo afectísimo.

LONDRES, 19 de Abril de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Supongo que la presente te hallará aún en Venecia engolfado en la disipación de las máscaras, de las reuniones, de las óperas etc. Sea muy enhorabuena; estas son diversiones decentes que suceden muy á propósito por la tarde, á la seria aplicación que no dudo habrá ocupádote por la mañana. Los placeres, á semejanza de las artes, pueden denominarse liberales é iliberales. Hay ciertos placeres que degradan tanto á un hombre de condición, como podrían hacerlo algunos oficios. Embriagarse hasta perder el sentido, comer sin medida, entregarse á diversiones rústicas tales como la caza de zorras, carreras de caballo etc. (a) son cosas en

(a) El brutal entretenimiento llamado en Méjico *coleadero*, á que se

mi opinión muy inferiores á los honrados oficios de sastre ó zapatero, que infundadamente se dice que deprimen.

Como te hallas ahora en un país en donde la música, el canto, el violín etc. no sólo son objeto ordinario de las conversaciones, sino que llaman casi toda la atención, no puedo menos de aconsejarte que no te entregues á estos placeres, como lo hace el mayor número de tus compatriotas que viajan por Italia. Si te gusta la música, ve á las óperas y á los conciertos, ó paga músicos que te toquen lo que te agradare; pero requiero que nunca toques tú el violín ni la flauta, cuyo ejercicio pone á un hombre de condición en un punto de vista frívolo y desventajoso, le introduce en malas compañías y le roba un tiempo precioso que podía emplear más útilmente. Nada me mortificaría más que verte tomar parte en un concierto, con un violín bajo la barba ó la flauta en la boca (a).

Tuve una larga conversación relativa á ti, con los condes Láscaris y Perrón, y quiero participarte francamente lo que el último, que considero como hombre muy amable, me dijo de ti: *il a de l'esprit, un savoir peu commun à son âge, une grande vivacité; et quand il aura pris des manières, il sera parfait; car il faut avouer qu'il sent encore le collègue; mais cela viendra* (b). Dióme mucho gusto oír de un hombre que considero como buen juez, que lo único que te falta son las *maneras*, porque estoy seguro de que las adquirirás dentro de poco tiempo en la campaña que vas á frecuentar, pero también debo añadir que si no las adquieres, todo lo demás te será de muy poca utilidad. Lo que quiero darte á entender por *maneras*, no es aquella urbanidad corriente que todo el mundo necesita usar para no verse desechado de las buenas compañías, sino que me refiero á las maneras brillantes

entregan muchos jóvenes que aspiran á la reputación de buenos jinetes, merece ser numerado entre los placeres degradantes á que se refiere el autor. Tr.

(a) Plutarco cuenta que Minerva tuvo vergüenza de sí misma,

.....il giorno
*Che di flauto sonando, al fonte scorse
Il turpe aspetto delle guancie enfiate.*

(b) Es muy vivo é inteligente, y ha adquirido una instrucción poco común en su edad, de modo que cuando los modales finos llegaren á serle familiares, será perfecto; porque debe confesarse que todavía se notan en él algunos resabios de colegio que sin duda desaparecerán. T.

y atractivas que granjean las voluntades, á la urbanidad distinguida, á la amabilidad irresistible, y al primor y gracia en todas tus palabras y acciones. Sólo estas cosas pueden dar á tus otros talentos su completo lustre y valor, y de consiguiente, ellas deben ser ahora el principal objeto de tu atención. En todas las sociedades á que asistieres, observa escrupulosamente los reconocidos modelos de fina educación, y amóldate á ellos. Todo lo que te agradare en otros, les será infaliblemente grato si lo hallan en ti. Te he repetido esto infinitas ocasiones, y ya es tiempo de que lo pongas en práctica.

Te encargo que presentes mis cumplidos á M. Harte, diciéndole que recibí su carta de Viena, y que no la contestaré hasta no tener la otra que me promete en respuesta á una de mis precedentes. Estoy deseosísimo de que me escriba después de tu establecimiento en Turín; los meses que allí vas á pasar serán decisivos para ti. Debes seguir los ejercicios de la academia y adquirir los modales de la corte, sin dejar por eso de continuar tus otros estudios. Estoy seguro de que no querrás perder una sola hora en la ociosidad, porque no preveo que en toda tu vida puedas poner seis meses á rédito tan lucrativo como los seis que vas á pasar en Turín.

Á su tiempo hablaremos de tu morada en Roma y en otras ciudades de Italia; por ahora lo único que te recomiendo es, que saques el provecho posible de todos los lugares en que te hallares. En aquellos que sólo se distinguen por su fama clásica y por restos preciosos de la antigüedad, consulta los libros de primer orden é imprime sus noticias en tu memoria; compara la geografía y las descripciones antiguas con las modernas, y nunca dejes de tomar notas. Roma te procurará muchas ocupaciones de esta especie, pero también te presentará muchos otros objetos que merecen tu atención, tales como las intrigas, la astucia y la profunda y artificiosa política del clero. Á Dios.

LONDRES, 27 de Abril de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Tu carta de Viena de 19 del corriente llegada á mis manos, me inquieta mucho respecto á M. Harte. Tú y yo tenemos razón para interesarnos muy particularmente en todo lo que le concierne.

Me alegro, sin embargo, que no haya habido hueso roto ni dislocado; y siendo así, espero que pronto habrá podido continuar su viaje á Venecia, bajo cuyo supuesto dirijo esta carta á Turín, en donde te encontrará, ó á lo menos no tendrá que esperarte mucho tiempo, pues calculo que estará allí para fines del mes entrante. Espero que fijarás la atención en lo mucho que tienes que hacer en aquella ciudad, y que estarás resuelto á emplear tu tiempo de la mejor manera. Tienes que continuar tus estudios con M. Harte, aprender tus ejercicios, adquirir el aire y las maneras cortesananas, reservando siempre algún tiempo para las diversiones de un hombre bien educado. Ya ves que nunca me opongo á los placeres; yo mismo los amaba cuando tenía tu edad, y me parece muy justo y racional que tú los ames ahora; pero sostengo que los placeres pueden combinarse con los estudios y los negocios, y que esta mezcla les comunica mayor sabor y atractivo (a). El hombre que no sabe ligar los negocios con los placeres, es un fatuo en el desempeño de los primeros, ó una bestia sensual en el goce de los segundos. Dedicar pues, una parte de la tarde y la prima noche á las concurrencias, á los saraos y á otras diversiones semejantes, que son en mi opinión la mejor escuela en donde un hombre de condición puede adquirir aquellos modales que sólo da el uso, la observación y la experiencia. Además, tienes que aprender el italiano, á cuyo idioma deseo te apliques con la mayor actividad, porque aunque el francés sea, según entiendo, el lenguaje de la corte de Turín, sin embargo, el primero te será muy útil en Roma y en otras ciudades de Italia. Es idioma fácil, y si adquieres buenos principios podrás perfeccionarte después en Roma. También querría yo que tomases una tintura de fortificación, quiero decir, lo suficiente para conocer el significado de los términos que oirás á menudo en las conversaciones, como *revellin*, *baluarte*, *explanada*, *contraescarpa*, etc. No pretendo que te enfrasques en este estudio como si debieses ser ingeniero; creo que el verdadero medio de que aprendas lo que necesitas sería que visitases á menudo las fortificaciones de Turín, acompañado de algún oficial facultativo que te enseñase y explicase las obras mismas. Por este medio adquirirías ideas más claras, que si sólo vieses los objetos en el papel durante siete años consecutivos.

(a) Le travail est toujours le père du plaisir;
Je plains l'homme accablé du poids de son loisir.
(VOLTAIRE.) Tr.